

# Los Misterios

---

Miguel Serrano

Fue hace mucho tiempo, allá lejos, en la noche de mi tierra.  
Me la trajo su madre, en los brazos, muerta. Y me casó con ella.  
Sí, porque me la trajo muerta entre sus brazos  
y cubierta con un velo de novia. Poco antes, le había dado mi sangre  
para que viviera; pero en verdad fue para que muriera. Porque cuando  
la sangre pasa en esta forma, empapada de amor, estremecida de piedad, más salva  
matando que reviviendo. ¿Y qué es mejor? ¿Vivir para destruir el amor, o morir  
para hacerlo eterno?  
La maté afuera para entregarle mi alma como cielo, para que viva  
mi alma como cielo, para que viva en mí. La mató mi sangre.  
Mi sangre estremecida, amplificada, extendida en brazos, en sollozos,  
hasta la locura.  
¿Qué es la sangre? ¡Ah, en verdad yo no lo sé! Pero ella está ahí ahora y gira,  
gira. Yo sé que ella está ahí y que sus manos, como luces, llegan a intervalos  
a mi corazón y lo acarician. También lo detendrán un día para siempre, cuando  
sus dedos paren el girar de esos minuterios tibios, cuando hagan la señal exacta.  
Porque ella, que fue la vida, es ahora también la muerte.  
Murió a media noche. Sentada en su lecho, con un esfuerzo supremo, miró la frente, ahí donde  
había un hueco del aire y gritó:  
“¡Jesús, Jesús, ayúdame...!”

¿Vino en verdad el crucificado? Después, cayó hacia atrás y, por un momento, no  
fue hermosa. Pero su madre estaba ahí, sosteniendo su cabeza y diciéndole:

“Vete tranquila, hija mía, vete tranquila...”

Más adelante, la madre me explicó que su hija había muerto de miedo. De miedo a la  
muerte. ¿Y quién no lo tiene, Señor? ¿Acaso no lo tuvo el crucificado?  
Llegué temprano esa mañana, temprano como siempre. Y la encontré muerta y vestida  
de novia. Dios mío, ella no tuvo miedo a la muerte, sino a las bodas eternas, al matrimonio  
con mi sangre. Siendo difícil ser esposa de esta vida, es mucho más serlo en la muerte.  
La futura fidelidad de su muerte con la mía, o de su vida eterna con mi muerte, le espantó  
de seguro, le espantaba. Tuvo miedo del amor eterno. Miedo al infierno de mi alma.



Lo recuerdo como si fuera hoy. Rocé sus labios y lloré, lloré tan largamente que tengo  
aún los ojos cansados. Pero su madre no entendía esto: pensaba que yo debía sentirme  
feliz, pues me la había dado en matrimonio y la boda tendría lugar en fecha convenida.

Mas las lágrimas son otra cosa. Son cosa humana, sobre todo cuando se ha dado sangre y se siente piedad ante el terror de una pequeña criatura, de un alma generosa, sollozando de miedo ante la noche.

Ante la noche de mi tierra.

Besaba sus labios y le decía:

“¡Te amo, oh anillo eterno, oh niña amortajada!”

Después vino el entierro. Y el entierro fue la boda. Porque ella no se enterró en la tierra, sino en mi alma.

Nos casó la luz, de amanecida. Los caballos mortuorios galopaban veloces y felices. Eran también los caballos nupciales. Veía sus cascos golpeando el pavimento. Y alegría y fuerza desprendía de ellos. Con alegría llevaban el cuerpo delicado.

Dos cuerdas de luz bajaron el féretro a la tierra. Y se abrió el ataúd para que yo viera por última vez su rostro. Desde más allá de los pétalos dormidos, tras el velo nupcial y los budes de oro, me contempló la luz que ella contuvo en esta tierra. Y se me entregó esa luz como una mano para la alcoba de mi sangre; como dedos para la ordenación de sus latidos.

Dedos de luz.

Pero yo quise irme, cuando escuché su voz, desde la lejanía, o dentro de mí mismo. Oí que me decía:

“No me dejes sola, la boda se aproxima”.

Entonces, sin nadie, sin árboles, sin su madre, solo, con la sombra de la luz, a pleno sol del mediodía, sentí que nos casaban, al borde de su tumba.

Sí. Esa sangre que yo le había dado poco antes de su muerte, pensando revivirla, y que la mató porque era sangre roja para una joven pálida, esa sangre estaba aún viva en ella, viva como luz, como simiente, porque era mi sangre, circulándola como paños, mi sangre cuya hora aún no llega. Y ella me la devolvía. He aquí el amor. He aquí las bodas. Me la devolvía como calor, como energía restante, que sentía ir pasando desde su muerte a mi vida, desde su cuerpo a mi substancia. Y por eso he dicho que ella no se enterró en la tierra, sino en mi alma. Porque junto con devolverme mi sangre viva, me entregó también la luz de su sangre muerta. Algo de su eternidad me pertenece...El rito de las bodas fue cumplido en la oscuridad del sol del mediodía, sobre la espalda de la luz, ahí, donde el calor es frío y la luz es de hielo.

Y ya estábamos fuera de la tierra.

Temprano, como siempre, allá lejos, en la noche de mi tierra, empecé a contemplar el vuelo de las aves oscuras, que se elevan impregnándose de una suave transparencia. Y miré caer esos pétalos, que se desprenden del sol como en un otoño de la luz. Entonces vino la Estrella de la Mañana. Desde las cumbres de las nieves, latía honda, como un cirio, como música. Y en las marejadas del sonido, yo percibía también el color, la luz celeste y sentía que ahí vivía ella, en las zonas del color, en la Estrella de la Mañana. Y me tocaba con sus dedos y me consolaba con sus manos. Porque mi corazón latía allá y la estrella estaba en mí. Y sus dedos, en el centro de la música distante, comenzaban a tejer una túnica para mi alma; tejían, tejían, el barco, la quilla, el sonido, la sombra que puede hacernos cruzar un día por las temibles aguas de lo eterno.



Pero no se debe abandonar así la tierra. No. La tierra nos necesita para que la transportemos. La leche de la tierra deberá subir por nuestras plantas, inundar la copa, hacer crecer el aire, llegando a ser atmósfera ella misma. Y esto no puede hacerlo sin nosotros. Además ella no conoció la tierra. Estuvo tan largamente conversando con la muerte, tan absorta en esa historia, que no tuvo tiempo, que no tuvo vida. Su vida estaba concentrada ahí, entera, en la muerte.

Por eso vino el crucificado. Pero yo, que ahora la tenía conmigo para siempre, pensé enseñarle el mundo, mostrarle la tierra, arreglar mis pasos para ella, mis sentidos, ordenar mis ojos para que pudiera ver con ellos. Y comencé a andar y comencé a ver. ¡Vi. tantas cosas, fui a tantos sitios!

Subí una montaña. En su cumbre silenciosa crecen lirios ígneos. Le hice caminar descalza por los senderos de la luz entre las nieves, rodeada de lirios encendidos. También vimos los pájaros que vuelan entre dos mundos, que tienen el pecho azul y que miran con ojos rojos sobre el viento. Entré en muchos templos y estoy seguro que ella reconoció en las cenicientas estatuas de cuellos espigados.

Vi todo esto para ella. Pero, allá dentro, donde sus manos tejen, juntando cuentas, piedrecitas de ámbar, agrupando saldos, decantando asuntos, ahí, se hace el silencio y algo pesa y tira hacia la nada. Es su voz también que alcanza las conclusiones. Son sus ojos que miran en mis venas, en mis ríos, en mis lagos y que murmuran días y horas. Su voz tiene el sonido suave de un reloj de arena: Ella me dice lo que aún me falta.

Pero ella tampoco conoció el amor. El amor al otro lado de la cara de la luz, el amor de sombra. Porque estuvo tan ocupada con la luz...Y yo me dije: debo mostrárselo. Y, entonces, en cada amor estuvo ella, indagando, preguntando. Le enseñe todo lo que pude, sin sentir que le era infiel. ¿Cómo serlo, si yo amaba con ella? En los cuerpos de todas las mujeres entraba ella. Vivía sus placeres y amaba sus amores. Ahí en la noche, bajos sus cuerpos, estuvo siempre, sintiendo su anhelar, observando la angustia de sus sueños. Se alejaba de mí sólo cuando mi sangre corría enloquecida. Pero su mano, no; pero su reloj de arena, no. Ellos se derraman enteros sobre mi corazón.

Sí. Fue hace mucho tiempo, allá lejos, en la noche de mi tierra. Me la trajo su madre, muerte entre sus brazos. Y como un ladrón en la noche, de puntillas, se apoderó de todo lo que yo tenía.

Por eso vino el Crucificado.

Y cuando yo muera, trataré también de erguirme y gritaré hacia el hueco de la sombra:

“¡Ayúdame, ayúdame, oh niña amortajada!”.

Y cuando mi cabeza caiga hacia atrás, no habrá nadie para sostenerla, nadie, nadie...Porque yo he vivido en sueños, lleno de sueños, como un loco.





Se llamó Irene. Para mí fue la Princesa Papán, la que resucitó para anunciar a Moctezuma el retorno de Quetzalcoatl. También Allouine, la sacerdotisa Hiperbórea que en la Isla de Delos instauró el culto a Apolo. Renació en Chile para reencontrarme. Vivió y murió contemplando el árbol del jardín de su casa. Sus bellas manos acariciaron sus hojas, estas hojas que yo pongo en los ejemplares de este libro para poder también acariciarlas con mis ojos y con mi alma contemplar de nuevo su rostro inolvidable, como en el último momento de su vida aquí, en mi Patria, hace ya tantos años. Y recordar sus últimas palabras:

“Es en el silencio de las blancas cumbres donde florece el ígneo lirio del amor eterno”...

...que yo reditara entre lágrimas junto a su cuerpo muerto.

Miguel Serrano

Santiago, marzo de 2006